

Universo, vida, emoción y danza

cuatro hitos del movimiento

Sylvia Fernández Moliner



México, 2006

Rudolf Laban

La vida de Laban (1879, Bratislava, hoy Eslovaquia, - 1958, Surrey, Inglaterra) abarca dos conflagraciones mundiales, tres revoluciones, territorios amalgamados y luego escindidos, constantes viajes y exilios a través de lo que fue el Imperio Austro-Húngaro y Europa Central.

Representante del espíritu de su tiempo, de las crisis del pensamiento y la fe, de la difuminación de los hábitos conceptuales y de la integración de nuevas alianzas, su abordaje del movimiento ha marcado ámbitos tan distintos como el teatro maldito japonés, la danza contemporánea abstracta norteamericana, el trabajo estandarizado y la danzoterapia. Dotado de una percepción giestáltica, nunca vaciló en otorgar al movimiento el estatus de lenguaje, y fue el primero en producir un verdadero sistema capaz de abstraer, articular y proyectar los múltiples elementos del movimiento corporal y sus relaciones.



Gráfico 11. Rudolf Laban y pareja de baile en un singular dúo.

El análisis de movimiento Laban

Un vuelo de pájaro por encima de este territorio revela un paisaje multicolor: un conjunto de disciplinas científicas, artísticas y esotéricas que abarca desde la cristalografía hasta las correspondencias invisibles entre número y patrón caras a los pitagóricos. En

el análisis del movimiento Laban, se dan cita la tradición del pensamiento helénico –el suceder fundamental del flujo y la organización de la reflexión en torno a los opuestos, el despliegue de la variedad a partir de un origen común, la unidad mente y mundo–, la tradición esotérica del Islam, el sufismo –oculto y manifiesto, la multiplicidad en la unidad y la unidad en la multiplicidad, el hombre en tanto espejo del mundo fenomenal y espiritual–, y finalmente, representaciones contemporáneas del mundo: la bifurcación, los saltos imprevistos a nuevas formas de organización, el orden que subyace al caos.

Laban insiste en la comprensión del movimiento como un acontecer global inmerso en la trama de los sucesos cósmicos y vitales. Desde esta perspectiva, el movimiento no es un simple accidente preso en los interminables reveses de los saltos de humor, las modas estéticas o las mutaciones caprichosas; es un hecho natural, imagen de un orden que nos antecede y nos abraza, eco de múltiples voces pronunciadas en canon, contrapunto o síncopa.

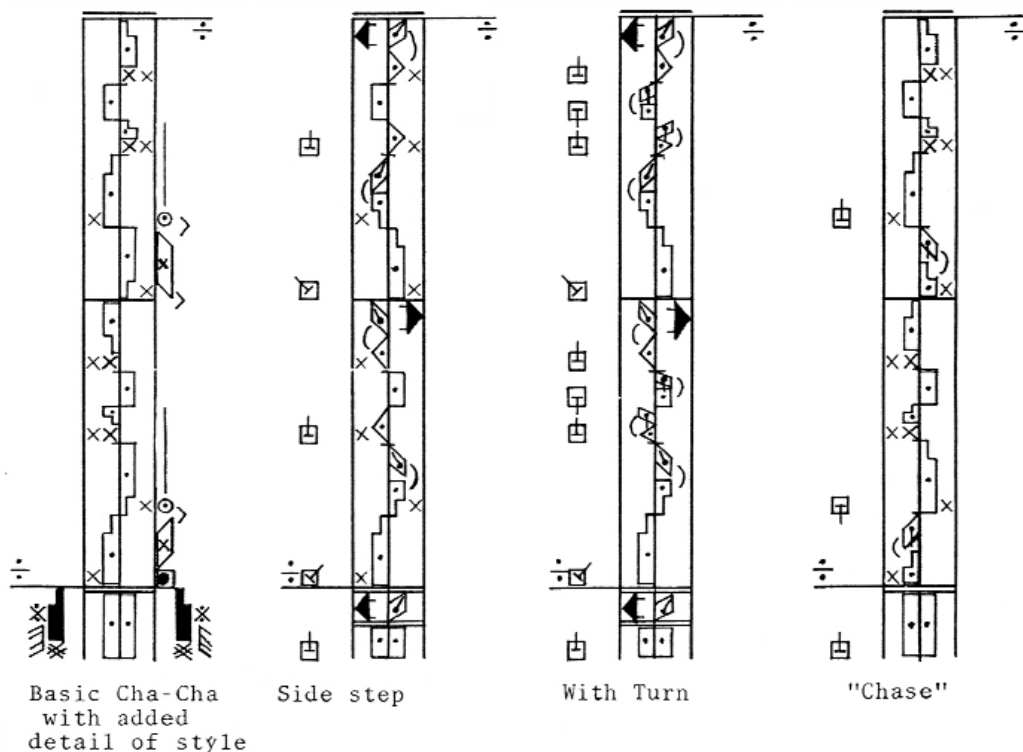


Gráfico 12. Notación Laban para el registro del Cha-cha-chá y variaciones.

Cuerpo y espacio

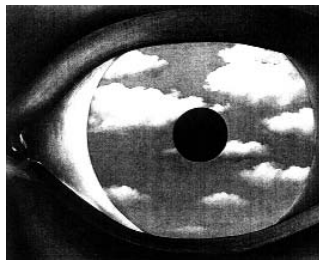


Gráfico 13.
"El espejo falso" de René Magritte.

El análisis de movimiento Laban se estructura sobre la relación dinámica entre cuerpo y espacio. Heredero de la tradición holística, Laban insiste en la representación de la frontera entre ambos fenómenos como un límite elástico, sinuoso y poroso; una verdadera piel, a la vez superficie de contacto y separación. El movimiento es tránsito del cuerpo en el espacio y arquitectura viva del espacio. El cuerpo y el espacio se engendran mutuamente, son acción y reacción conjuntas, interacciones unitarias. El cuerpo se gesta en el interior de un entorno que lo conforma: es el espacio que le da cuerpo al cuerpo. A la vez radiación y gravedad, luz y materia, el cuerpo se perfila sobre un espacio que absorbe y esculpe. Aire transformado en pulmón, tímpano, gemido, rugido, canto, palabra. Mineral vuelto caparazón, hueso, corazón, tripas, músculo elástico. Rayos solares que devienen ojo, neurona, hormona, pigmento. El océano en la sangre, las lágrimas y el sudor. Viento, roca, sol y mar constituyen nuestro paisaje corporal.

Partícula, molécula, célula, órgano, el cuerpo reproduce, encarna el espacio y las múltiples fuerzas que lo estructuran. Electromagnetismo, gravedad y energía nuclear atraviesan, colman y desbordan el cuerpo. Así como un ser humano engendra a otro ser humano, el cuerpo es hijo, réplica del universo, es su creación: el universo vuelve a nacer con cada cuerpo.

Al mismo tiempo, el espacio que nosotros conocemos, tridimensional, macroscópico, multicolor, es un espacio moldeado, tamizado por el cuerpo. Es el cuerpo el que conforma el espacio. A cada anatomía corresponde un mundo propio, paisajes inalcanzables para otros ojos, sinfonías inaudibles, materia que se difumina. Un cuerpo revela un mundo extraño a la luz, ciego; otro cuerpo abre

el telón sobre un laberinto de olores, sabores y temperaturas o sobre un mundo encendido, crucigrama de colores, andamiaje de formas, sonido impactante.

El mundo se inscribe en el interior de las fronteras de un cuerpo, en el entrelazado de la respiración, las sinapsis y las articulaciones. Es el cuerpo el que posee al mundo y el mundo es su visitante, su transeúnte, su habitante. El mundo es ciudadano del cuerpo gobernado por las leyes y las tradiciones de los sentidos, los reflejos y las ideas: nube anidando en el ojo, arcoiris tatuado en la piel, espacio camaleón hecho a imagen y semejanza del cuerpo.

El mundo y el cuerpo emergen juntos. Así como el sonido nace del contacto entre dos cuerpos, la noche de la unión del Sol y la Tierra, el movimiento nace de la relación del cuerpo y el espacio como humo exhalado.

La transformación

Laban nos muestra una manera de mirar el movimiento que rescata la transformación incesante; un flujo continuo, un río caudaloso que acarrea, saca a la luz y oculta en sus profundidades facetas del cuerpo y del espacio.

Unos pies avanzan, un tronco gira, un brazo se levanta y una mano se agita a los lados. En esta secuencia cotidiana, en el saludo, en el adiós, es un cuerpo –pie,

tronco, brazo, mano– el que aparece; y es un espacio –adelante, a los lados, arriba– el que se dibuja.

Una mano da lugar a una cadera, un pecho, unos hombros. Unos ojos se transforman en muñeca, rodilla y palma. El perfil se disuelve en el frente y la frente en la coronilla. Pavana, vals, danzón, rumba, charleston, french can-can, hip hop, katakali, flamenco: una tras otra o al unísono, las distintas facetas del cuerpo hacen su aparición en la escena del movimiento.

Al mismo tiempo, adelante se transforma en atrás, arriba o a un lado. El espacio también se mueve, se despliega, se derrite, se desmorona. Semejante a un paisaje caleidoscópico en el que, con cada movimiento, la estrella se convierte en flor, la flor en montaña, la montaña en geometría pura, el espacio se presenta de modo siempre cambiante.

El movimiento genera secuencias de apariciones y desapariciones como un rayo que brilla en un cristal, como el sol que se desplaza en el cielo, y saca a la luz de manera intermitente las distintas facetas y relieves del planeta. El movimiento es centelleo del cuerpo y del espacio: es su manifestación.

La progresión

Finalmente, el análisis de movimiento Laban pone de relieve un tiempo creativo,

vivo, medida del cambio y la renovación; es una representación contemporánea que se opone a la definición dada por la física clásica de un tiempo reversible, indiferente al antes y al después, a la eternidad o la muerte, o medida de la degradación y la inmutabilidad.

Para Laban, el movimiento cabalga sobre las olas del origen cósmico, de un tiempo que nace, se reproduce y evoluciona en el seno del desequilibrio, los quiebres de simetría, la papiroflexia alucinante de las estructuras químicas, la misma extensión, el mismo espacio transformado en garza, crisantemo o dragón de acuerdo con la sucesión

organizada de dobleces y estiramientos. Pliegue y extensión, nudo y desenlace, punto y bifurcación, coincidencia y divergencia, unísono y sucesión son las dos voces del tiempo, espacio sobrelapado y desplegado, concentración y expansión.

El movimiento en el cielo estrellado, en la calle y en el escenario sigue los dictados de un presente que conjuga tiempos pretéritos y futuros. Pasado embrionario actualizado de mil maneras. Presente, umbral del futuro que se abre como la copa de un árbol. Un tiempo vivo, cuna de las galaxias, el ADN, las proteínas, los organismos: orden emergente y dinámico, sello, estampa, bandera de la evolución.